

ta (pág. 67) o a Henri Michaux como surrealista; también sorprende la ausencia en el apartado de «Nacionalismo versus Cosmopolitismo», la polémica de México, de tan relevante significación para grupos como *Contemporáneos*, iniciada con el incendiario artículo «El afeminamiento en la literatura mexicana actual», de Julio Jiménez Rueda, en las páginas de *El Universal*, el 21 de diciembre de 1925, todo ello estudiado por Luis Mario Schneider y Víctor Díaz Arciniegas con rigor y amplia documentación. El anonimato de Juan Emar (pág. 67) no es tal, pues en la recopilación de Osorio (pág. 133 de la edición citada) se da breve nota de quién se escondía detrás de tan curioso seudónimo (antes Jean Emar: *J'en ai marre*): Alvaro Yáñez Bianchi (1893-1964), asiduo colaborador de *La Nación*, de Santiago de Chile, como también lo señala René de Costa en su edición de *Altazor*, de Vicente Huidobro.

Fernando R. Lafuente

George Sand: persona y personaje

George Sand (1804-1876), la famosa escritora del romanticismo francés, fascinó a sus contemporáneos, así como a los que no lo fueron. Suscitó admiración y re-

chazo, adoración y a veces odio. Es que, cuando de ella se trata, no existen las medias tintas. Su personaje entró en la leyenda en forma estrepitosa. ¿Quién, al escuchar su nombre, no lo asocia de inmediato con una mujer vestida de varón, fumando cigarros, lanzada a una vida disoluta y escandalosa? Las leyendas a menudo distorsionan la realidad, la deforman hasta borrarla. Pero en lo que se refiere a George Sand, por suerte, nos queda un testimonio fehaciente, una fuente de información incomparable, un documento excepcional: su correspondencia.

Porque, además de fumar cigarros, George Sand —autora de fecundidad asombrosa— escribió cartas todos los días de su vida. La publicación completa de su correspondencia: unas 17.000 cartas repartidas en 24 volúmenes, la debemos al trabajo titánico de Georges Lubin, el mejor especialista en George Sand (y, sin duda, una de sus conquistas póstumas). El primer volumen salió en Francia en 1964, los demás fueron apareciendo, año tras año; el último, en 1990. Para los que venimos siguiendo paso a paso esa publicación, resulta una novela cautivante, quizá (y sin querer subestimar su obra) la más lograda de George Sand.

Ante todo, conviene aclarar algo importante: George Sand no es Madame de Sévigné; es decir, ella escribe realmente para sus corresponsales y sólo para ellos. Incluso le disgusta toda tentativa de divulgación de sus cartas. Estas líneas a un amigo lo prueban: «Dicen también que usted enseña mis cartas. Eso yo no lo puedo admitir. No tengo secretos; sin embargo, la idea de que una carta mía no sea leída únicamente por la persona a quien la destino, me resulta odiosa.»*

Amigos tiene muchos. Algunos pocos conocidos, otros con apellidos ilustres: Balzac, Musset, Liszt, Chopin, Delacroix, Michelet, Marx, Bakunin, Heine, Flaubert, Dumas, etc. No se trata aquí de establecer una lista exhaustiva de sus corresponsales; su enumeración completa, al igual que la de sus obras, abarcaría demasiado espacio. Muchos de ellos son amigos entrañables con los cuales ella habla de literatura, pintura, política, música. Tiene ideas

* Esta cita, como las restantes, proviene de: *Correspondance de George Sand. Edition de Georges Lubin. T. I a XXIV. Editions Garnier Frères. París, 1964-1990. Fueron traducidas del francés por la autora del artículo.*

originales y modernas a propósito de todo. Para el teatro, preconiza la improvisación libre, un teatro inventado por los mismos actores; en religión, se opone al celibato del clero; en política presiente la importancia cada vez mayor de la clase obrera (recordemos que en la revolución de 1848 ella tuvo un papel relevante); en música, adelantándose a la moda, intenta preservar las melodías y los cantos populares expuestos al olvido por falta de registro. Sobre la condición femenina, tiene opiniones muy firmes: la mujer debe recobrar su dignidad, rechazar esclavitud e hipocresía en el matrimonio. Su grito de guerra lo lanza en una carta de 1837: «Sí, presto juramento por ello, ¡y he aquí la primera chispa de valor y ambición en mi vida. ¡Arrancaré a la mujer de su abyección, tanto en mi persona como en mis libros. Dios me ayudará.»

Como se advierte, en el caso de la correspondencia de George Sand, es poco hablar de «riqueza». Se debería hablar más bien del vértigo que produce la lectura de esas cartas: el vértigo frente a una mujer tan vital, apasionada, incansablemente generosa (demasiado: vivió rodeada de parásitos), llena de humor y de gracia cuando escribe a sus amigos de infancia a quien ella inventa apodosos estrafalarios. El indiscreto lector descubre con admiración a esa trabajadora empedernida que no escatima esfuerzos. Está más que difundida la historia de sus amores con Musset en Venecia. Lo que no se sabe es que allí escribía y mandaba diariamente más de treinta carillas de texto a su editor para cumplir con su contrato y ganarse la vida.

Sí, como decíamos, la correspondencia es una de las mejores novelas de George Sand, George Sand es, indudablemente, la creación más interesante y acabada de Aurore Daupin, baronesa de Dudevant. Así se llamaba esa provinciana que llevaba una vida tediosa al lado de un marido acaso demasiado mediocre para ella. Hasta que, en 1830, a los veintiséis años, Aurore, que tiene dos hijos pequeños, se apropia de su destino. Obtiene de su marido una pensión (insuficiente) para vivir la mitad del año en París. Allí se enamora de Jules Sandeau, un joven con quien firma (J. Sand) una novela. Cuando se separe de él, transformará el seudónimo ya conocido en el de *G. Sand*. En 1831 escribe: «Estoy más que nunca decidida a seguir la carrera literaria, a pesar de los disgustos que tengo a veces (...); siento que a partir de aho-

ra mi existencia está colmada. Es que tengo una meta, una tarea, digamos la palabra: una *pasión*.»

Pero el verdadero nacimiento de George Sand como escritora sobreviene con la publicación, en 1832, de su primera y muy exitosa novela: *Indiana*. A partir de entonces, el destino acelera su curso. George Sand se va a imponer rápidamente como una figura predominante en las letras de su época. Escribe, escribe sin cesar, de noche y de día. Parece poseída por una suerte de fiebre literaria. La empuja una sed de independencia tan intensa como su capacidad de amar. De allí en adelante, ella crea su vida como una novela. Imaginación no le falta, fervor tampoco, y dentro de los límites que le imponen su trabajo y sus hijos, se dejará guiar por la libertad y la verdad. Elige la transparencia absoluta, lejos de las concesiones y de las mentiras; no oculta ninguna de las intermitencias de su corazón, que todo París no tarda en comentar. Por supuesto, esa forma de vida tan distinta a la de las mujeres de su época indigna a muchos. En 1836 se separa legalmente de su marido, quedando libre.

Su vida amorosa, ardiente, atormentada, y sobre la cual ya nos detendremos, no le impide en ningún momento ocuparse de Maurice y Solange, sus hijos. Se siente responsable por ellos y corre de París a Nohant para verlos. En 1832, por ejemplo, decide llevar a su hija Solange, de tres años, a París para vivir un tiempo con ella y Jules Sandeau; lo hace con espontaneidad y júbilo: «No temo en absoluto los inconvenientes que puedan acarrearle mi vida de varón (...). Nos acostumbraremos a caminar más lentamente en la calle para que las piernitas de nuestra hija puedan seguirnos.» Hay cartas deliciosas donde George Sand, adaptándose al nivel de comprensión de sus hijos les describe espectáculos, paseos, mil hechos cotidianos en un estilo ingenuo. También hay cartas a los preceptores que valen los mejores tratados de educación.

La imagen de la extravagante mujer vestida de hombre, fumando cigarros, cambiante y frívola, se empieza a desdibujar; en su lugar aparece un ejemplar humano único. Para apreciarlo mejor, nos falta aproximarnos más a un tema esencial: George Sand y el amor. Como verdadera romántica, George Sand tiene una idea muy elevada del amor: «Quiquiera que sacrifique el amor después de haberlo conocido, quizá renuncie a la inmortalidad de su alma.» A Pagello, el médico italiano, rival de Musset, ella escribe: «Para conservar mi amor y mi esti-

ma, hay que permanecer muy cerca de la perfección.» Deseo de perfección: ¿no será esta la clave de sus relaciones tormentosas y de su presunta «versatilidad»?

Sus cartas a Michel de Bourges, abogado, gran orador republicano, escritas en una bella prosa lírica, son sin duda la más pura expresión de sentimiento amoroso que nos ofrece la correspondencia: «Te amo, sí, te amo, por ello sufro y gozo con violencia, con amargura; mil serpientes me devoran, mil deseos me consumen, en mil efusiones ardo.» Son poemas de amor que se saben poemas: «No leas mis cartas como si significaran o trataran de definir algo, recórrelas como un valle salvaje donde las zarzas y las flores, los árboles y las rocas crecen sin orden.» Con Miguel de Bourges, hombre casado, vive un pasión difícil: «¡Te voy a ver! Voy hacia ti llena de tristeza y de amor, segura del presente pero no del mañana, devorada, devorada por tí.»

Esperanza y desesperación alternan en el corazón milagrosa y eternamente joven de George Sand. Con Chopin llegará a vivir nueve años. No, esa mujer apasionada no es frívola; permanecerá fiel, durante toda su vida, a un ideal amoroso. Traza su vida como su obra: más allá de los convencionalismos y con sentido poético. Así vuelve a evidenciarlo otra de sus cartas a Michel de Bourges: «No, no dejaremos de existir si seguimos la ley de amor que renueva sin cesar la creación. Amémosnos y rejuveneceremos como la tierra en primavera.»

Para concluir, citaremos la frase que George Sand, en plena madurez, escribe a un amigo: «Ser poeta no es nada, hay que ser hombre ante todo, es decir, vivir a toda hora con el corazón y con el pensamiento la vida de la humanidad.» La correspondencia nos permite conocer y reconocer, con la mayor autenticidad posible, a una mujer magnífica tantas veces calumniada. Si antes de leerla admirábamos a la escritora, a la autora de novelas regionalistas como *La laguna del diablo*, y de obras de ambientación histórica como *Consuelo*, ahora sabemos quién fue ella. Al cerrar el último volumen de la correspondencia, tenemos la certeza de haber encontrado a una maravillosa amiga, de esas que a uno lo ayudan a vivir.

Françoise Cohen Toledano

Olga Orozco en el revés del cielo

«Y haz que sólo el silencio sea su palabra.»

I

«**E**namorado del silencio, al poeta no le queda más recurso que hablar.» Rito de purificación, el acto poético supone un *hablar* a partir de la conciencia de un silencio que muchas veces se erige con condescendencia y no poco desdén. Esta sentencia de Octavio Paz encierra una paradoja que bien vista se resuelve en una exacta claridad: el decir del poeta se torna distinto en cuanto nace de una experiencia de silencio y se convierte en su prolongación significativa. Ya desde Mallarmé el silencio se ofrece como una realidad cifrada de difícil acceso para los no iniciados. Caduca y envejecida, la musa de la inspiración resulta desplazada por este poderoso rival.

*En el revés del cielo*¹ es una desnuda requisitoria ante ese silencio. Ventisiete extensos poemas configuran este libro carente de divisiones internas: como en un tapiz (imagen cara a Olga Orozco) se van tejiendo los hilos de una sabia edificación verbal que nada sustenta, salvo su propia y desgarrada significación. Allí se configura el espacio de la realidad como antesala de un cielo imposible, pero deseado. Esta confrontación agónica entre realidad y deseo paga en Orozco su tributo a Luis Cernuda, pero añade una proyección muy personal. En un poema recogido en la antología de Juan Gustavo Cobo Borda² titulado «La realidad y el deseo», Orozco nos dice:

¹ Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

² Antología de la poesía hispanoamericana, F.C.E., México, 1985, pág. 268.